

—Muy poco es lo que me falta, dijo Antonio; pero fatigado del largo camino y del trabajo de este razonamiento, descansaré en el de César, como si hubiera yo encontrado oportunamente una posada.

—Y por cierto, continuó Julio, que no ha de ser muy generosa mi hospitalidad, porque apenas hayas descansado un poco, te arrojaré y haré salir de mi casa. Y para no deteneros más, diré en pocas palabras lo que siento. Cinco cosas hay que preguntar acerca de la risa: primera, lo que es; segunda, de dónde procede; tercera, si es propio del orador el hacer reír; cuarta, hasta qué punto; quinta, cuántos son los géneros de ridículo.

»En cuanto á lo primero, es decir, á lo que la risa misma es, y cómo se excita y mueve, y dónde reside y cómo estalla de repente sin que podamos contenerla, y de qué suerte se comunica á los costados, á la boca, á las venas, al rostro y á los ojos, averigüelo Demócrito, pues á mi propósito nada importan esas cosas, y aunque importaran, no tendría yo reparo en confesar mi ignorancia en lo que ignoran los mismos que prometen enseñarlo. El lugar, digámoslo así, y la region de lo cómico (y esta es la segunda cuestion), consiste en cierta torpeza y deformidad; pues casi siempre se reduce el chiste á señalar y censurar no ridículamente alguna ridiculez. Y viniendo al tercer punto, diré: que es muy propio del orador mover la risa, ya porque la misma hilaridad concilia la benevolencia de los que participan de ella; ya porque admiran todos la agudeza, contenida á veces en una sola palabra, especialmente en la réplica, ya que no en la invectiva; ya porque quebranta las fuerzas del adversario y le estorba y le aterra y le confunde; ya porque da á entender que el mismo orador es un hombre culto, erudito y urbano; pero sobre todo, porque mitiga y relaja la severidad y tristeza, y deshace en juego y risa la odiosidad que no es fácil destruir con argumentos. Hasta qué punto puede

emplear el orador lo ridículo, es cuestion que merecé atento exámen y que trataremos en cuarto lugar. Porque ni la insigne maldad, ni el crimen abominable, ni ménos la extrema miseria, son dignas de risa: á los facinerosos se los ha de castigar con armas más fuertes que la del ridículo, y de los miserables es cruel burlarse, á ménos que no pequen de jactanciosos. Respétense las aficiones de los hombres, porque es muy fácil ofenderlos en lo que más aman.

»Esta moderacion es la primera que debe observarse en los chistes. Y así las cosas de que es mas fácil burlarse son las que no merecen ni grande odio ni misericordia extrema. Materia abundante de ridículo se encontrará en los defectos ordinarios de la vida humana, sin necesidad de ofender á los hombres estimados, ó á los muy infelices, ó á los que por sus maldades merecen ser llevados al suplicio. Tambien las deformidades y vicios corporales son materia acomodada para el chiste, pero no más que hasta cierto punto, sin tropezar en insu'sez ni pasar la raya de la licita burla, evitando siempre el orador confundirse con el truhan ó el chocarrero. Esto se entenderá mejor despues que hayamos hecho la división de los géneros de chistes. Hay dos principales: uno de cosas, y otro de palabras. De cosas, cuando se refiere alguna fabulilla; vg., cuando tú, Craso, inventaste que Memmio habia mordido el brazo de Largio en la riña que tuvieron en Terracina por celos de una querida. Toda aquella saladisima narracion fué fingida por tí. Y añadiste que en todas las paredes de Terracina aparecieron escritas tres eles y dos emes. Y preguntando tú lo que era, te respondió un viejo ciudadano: «*El mordaz Memmio laceró el lacerto de Largio.*» Ya veis cuán dichoso y elegante, cuán oratorio es este género, ya sea verdadero el hecho que se cuenta, aunque mezclado con algunas mentirillas, ya del todo fingido. El mérito de este género consiste en presentar los hechos de tal manera y

describir con tal viveza las costumbres, el modo de hablar y el semblante de las personas, que los oyentes se imaginen estar presenciando lo mismo que se les refiere. También es chiste de cosa el que se funda en alguna parodia ó maligna imitación. Cuando Craso decía: «*por tu nobleza, por tu familia...*» ¿qué es lo que hizo reír al concurso sino la imitación de la voz y del gesto de su adversario? Y nuestra risa subió de punto cuando exclamó: «*por tus estatuas,*» y extendiendo el brazo, imitó tan bien el ademán de Bruto, á quien acusaba. De este mismo género es la imitación que Roscio hace de un anciano, cuando dice: «*Para tí, Antifon, planto estos árboles.*» Me parece estar oyendo á la misma vejez, cuando esto oigo. Pero todo este género de burlas ha de ser tratado con suma cautela. La excesiva imitación, lo mismo que la obscenidad, es propia de los mímicos y de los histriones. Conviene que el orador suprima algo de la imitación para que el oyente supla con el pensamiento mucho más de lo que ve. Debe mostrar además ingenuidad y pureza, evitando toda torpeza de cosas y de palabras.

»Estos son los dos géneros de ridículo que recaen en las cosas. Ambos son propios de esa facecia sostenida que consiste en describir las costumbres de los hombres, y pintarlas de tal manera que baste la narración para entenderlas, ó una breve imitación cuando se trate de algún defecto muy propio para la risa. Pero en los chistes de palabra todo el mérito está en la agudeza del vocablo y de la sentencia. Y así como en el género anterior debe evitarse cuidadosamente toda semejanza con los mimos é histriones, así en este debe huirse de toda dicacidad truhanesca. ¿Cómo distinguiremos, pues, á Craso, á Cátulo y tantos otros, de vuestro amigo Granio ó de Várgula que es amigo mio? No me parece fácil distinguirlos, pues todos son decidores, y nadie más que Granio. Ante todo ha de tenerse presente que no es necesario empeñarnos en decir chistes

siempre que se nos ocurra. Se presenta un testigo muy bajo de estatura, y dice Filipo: «¿Podré hacerle algunas preguntas?—Si, con tal que sean breves, responde el cuestor que tenía prisa.—Serán tan breves como el testigo, replica el orador.» El dicho es gracioso. Pero uno de los jueces era Lúcio Aurifex, todavía más pequeño que el testigo. Toda la risa recayó en el juez, y el juicio se convirtió en una bufonada. Así, pues, cuando el chiste, aunque sea feliz, pueda recaer en quien tú ménos quisieras, debes abstenerte de él. No hace esto Apio, que se precia de chistoso y realmente lo es, pero que cae á veces en este vicio de la chocarrería. «*Cenaré contigo, porque veo que hay lugar para uno*, dijo á mi amigo Cayo Sextio, que es tuerto.» Este chiste tiene poca gracia, porque ofendió á Sextio sin motivo, aunque el dicho podia aplicarse á todos los tuertos. La respuesta que de improviso le dió Sextio fué admirable: «*Lávate las manos y cenarás conmigo.*» Estos chistes agradan tanto más, cuanto son ménos preparados. La oportunidad, pues, la moderacion y templanza, y la sobriedad misma en los donaires, distinguirán al orador del bufon, porque nosotros hablamos, no para hacer reir, sino para algun fin de utilidad, al paso que ellos están gracando todo el dia sin causa. ¿Qué es lo que consiguió Várgula cuando, abrazándole el candidato Aulo Sempronio y su hermano Marco, dijo á su criado: *muchacho, espántame estas moscas?* Buscó sólo la risa, que es á mi ver un fruto bien mezquino del ingenio. La prudencia y gravedad nos indicarán el lugar más oportuno para tales gracias. ¡Ojalá hubiera algun arte que las enseñara! pero sólo las dicta la madre naturaleza.

»Expongamos ahora sumariamente las diversas maneras que hay de mover la risa. Sea la primera division la de palabras y cosas. Y aún son mejores las facecias que consisten á la vez en cosas y en palabras; y no olvideis nunca que de las mismas fuentes de donde nace lo ridículo pue-

den nacer también sentencias. No hay más diferencia sino que las cosas honestas deben tratarse grave y seriamente, y las vergonzosas y deformes han de tratarse en burla; de suerte que con las mismas palabras podemos alabar á un siervo bueno y vituperar á uno malo. Gracioso es aquel antiguo dicho de Neron, contra un siervo que le robaba mucho: «Es el único para quien en mi casa no hay nada cerrado ni sellado:» lo cual, con las mismas palabras, puede decirse de un siervo fiel. De las mismas fuentes proceden, pues, lo serio y lo burlesco. Así, por ejemplo, cuando Espurio Carbilio cojeaba gravemente á consecuencia de una herida recibida en defensa de la república, y por esta causa no se atrevía á presentarse en público, díjole su madre: «¿Por qué no sales, Espurio mio? Cuantos pasos des, serán otros tantos recuerdos de tu valor.» Esto es noble y grave (1).

»Las palabras ambiguas tienen mucha agudeza, pero no siempre se toman en burla, sino muchas veces en serio. Así Publio Licinio Varo dijo á Escipion el Africano, cuando se le desasia una corona en el convite é intentaba en vano ajustarla á la cabeza: «No es extraño que no te venga bien, porque tienes la cabeza muy grande.» Este rasgo fué noble y digno de alabanza. Del mismo género es este otro: *Es bastante calvo, pero habla poco.*

»En suma, no hay género de chistes que no pueda aplicarse también en sentido grave; y ha de advertirse además que no todo lo ridículo es gracioso. ¿Qué cosa hay más ridícula que Annio? Pero es su voz, su semblante, su arte de remedar, su figura, lo que nos hace reir; podre-

(1) Siguen otros ejemplos fundados en juegos de palabras: *claudicat y clodicat, Naevio e ignavius*, y en la significacion ambigua del verbo *circumveniri*: todo lo cual desaparece en castellano. Suprimiré algunos otros ejemplos no ménos insignificantes. De ellos dice el mismo Ciceron: «*mutatis verbis non possunt retinere eam idem venustatem.*»

mos decir de él que es divertido, no como un orador, sino como un mimo.

»Por lo cual, este primer género, aunque es el que mueve más á risa, no nos pertenece; ni el representar al perezoso, al supersticioso, al vanaglorioso, al necio; todos personajes risibles por sí mismos, y á quienes solemos zaherir, no representar: el otro género, que consiste en la imitación, es muy gracioso; pero nosotros sólo podemos usarle de cuando en cuando, y como de paso y á hurtadillas, porque de otro modo es poco liberal: el tercer género, es decir, la parodia de los gestos, no es digna de nosotros: el cuarto, es decir, la obscenidad, no sólo es indigna del foro, sino de los convites de personas libres. Quitadas, pues, de la oratoria todas estas especies de chistes, quedan sólo las facecias, de palabra y de cosa, según la división que ántes hice. Lo que por sí es gracioso, sean cuales fueren las palabras con que se dice, es facecia de cosa; lo que mudando las palabras pierde á sal, tiene toda su gracia en las palabras mismas. Los equívocos son muy agudos, y aunque su gracia consiste en el vocablo y no en la sustancia, suelen hacer reír mucho y son muy alabados cuando se dicen discreta y agradablemente. Así en el caso de aquel Ticio, que era muy aficionado á jugar á la pelota, y además tenía fama de romper de noche las estatuas sagradas, preguntando sus compañeros por qué no venía al campo, le excusó Vespa Terencio, diciendo que tenía un brazo roto. Los llamados decidores sobresalen principalmente en este género, pero aún hay otros chistes que provocan más la risa. El equívoco agrada por ser muestra de ingenio poder tomar la palabra en diverso sentido de aquel en que los demás la toman. Pero esto mueve más á admiración que á risa, á no ser que se dé la mano con otro género de ridículo.

»Recorreré estos otros géneros. Ya sabeis que uno de

los más frecuentes es el decir una cosa cuando se espera otra, porque entónces nuestro mismo error nos mueve á risa. Y si á esto se añade el equívoco, aún tiene el chiste más gracia.

Tambien es de muy buen efecto en una disputa arrebatarse al adversario sus palabras y herirle con sus propias armas, como hizo Cátulo contra Filipo. Pero como son muchos los géneros de ambigüedad, y difícil de compendiar su doctrina, convendrá observar y atender á los vocablos para evitar todo lo que parezca frío y rebuscado, y limitarnos á lo que tenga verdadera agudeza.

»Otras veces está la gracia en una pequeña alteracion, á veces de una sola letra, en la palabra. A esto llaman los Griegos «paranomasia;» así Caton llamaba á *Nobilio*, *Mobilio*. Tambien la interpretacion del nombre tiene agudeza cuando sirve para el ridículo. Así dije yo, hace poco, que el divisor Nummio habia conquistado renombre en el campo Marcio como Neoptolemo delante de Troya. Muchas veces se cita por donaire algun verso, ya tal como es, ya un poco alterado, ya alguna parte de verso, como hizo Estacio con Escauro en aquella disputa, de la cual dicen que nació la ley de ciudadanía de Craso: «Callad; ¿á qué esos gritos? ¿per qué teneis tanta arrogancia los que no conocisteis padre ni madre? Deponed esa soberbia.» Como estos dichos pierden la gracia en mudándose las palabras, deben considerarse como chistes de vocablo y no de sentencia. Hay otro género, y no insulso, que consiste en tomar las palabras en su valor literal, y no en el que les da el que habla. De este género es lo que tú, Craso, respondiste, no há mucho, á uno que te preguntaba si te sería molesto el que fuera á visitarte ántes del amanecer. «*No me serás molesto,*» le respondiste. «Mandarás que te despierten,» añadió él. Y tú: «Si te he dicho que no me serías molesto...» Tambien tuvo gracia aquel dicho de Lucio Porcio Nasica al censor Caton, cuando le preguntaba éste: «Segun tu vo-

luntad, ¿tienes mujer?—No, segun mi voluntad» contestó. Estos chistes son frios cuando no son inesperados.

Es natural, como ántes dije, que nos haga gracia el error en que caemos, y suele hacernos reir el ver burladas nuestras esperanzas. Son tambien chistes de palabra los que se toman de alguna alusion, traslacion ó inversion de vocablos. De alusion, vg., cuando Marco Servilio quiso oponerse á la ley de Rusca sobre la edad que debia tenerse para las magistraturas: «Díme, Marco Pinario, si afirmo algo contra tí, ¿me contestarás con injurias como á los otros?» «Segun siembres, así cogerás,» le respondió Pinario. Por traslacion, como Escipion el Mayor respondió á los de Corinto que querian levantarle una estatua en el sitio donde estaban las de los otros generales, «que no le agradaban las estatuas en escuadrones.» A veces se invierten las palabras, como hizo Craso defendiendo á Acúleo ante el juez Marco Perpenna. Era defensor de Gratiadiano, Lucio Erio Lámia, hombre tan feo como sabeis, y habiendo interrumpido á Craso, dijo éste: «Oigamos á ese hermoso mancebo.» Riéronse todos, y Lámia continuó: «No puedo yo darme hermosura, pero sí ingenio.—Oigamos, pues, á ese hombre tan sabio,» continuó Craso; y todavía fué mayor la risa. Dije ántes que estos recursos valian así en lo grave como en lo serio, pues aunque la materia de lo cómico sea distinta de la de los discursos graves, la forma de unos y otros es la misma. Adornan mucho la oracion las palabras en sentido contrario. Así Servio Galba, acusado por el tribuno de la plebe Lucio Estribonio, escogió por jueces á sus familiares y amigos, y diciéndole Libon: «Oñ Galba, ¿cuándo sales de tu triclinio?—Cuando tú salgas de la alcoba ajena,» le respondió.

»De los chistes de palabra creo haber dicho bastante: los de cosas son más y excitan más la risa, sobre todo cuando entra en ellos la narracion (cosa bastante difícil). Porque han de expresarse y ponerse á la vista las cosas

de tal manera, que parezcan verosímiles, lo cual es propio de la narracion, y además es necesario que los hechos que se narran sean materia acomodada á la risa. Pondré un ejemplo brevísimo, el mismo que ántes cité, el de Craso contra Minucio. En este género debe incluirse tambien la narracion de apólogos. Tórnase á veces algo de la historia, como cuando Sexto Ticio decia que él era otra Casandra: «Yo, dijo Antonio, puedo nombrar á tus muchos Ayaces ó Oileos.» Otras veces el chiste es de semejanza, comparacion ó imágen. De comparacion: siendo Galo testigo contra Pison, y censurando al prefecto Magio por haber recibido una gran cantidad de dinero, lo cual Escauro no queria admitir, alegando la pobreza de Magio: «Te equivocas, oh Escauro, le dijo, porque yo no afirmo que Magio conserve ese dinero, sino que le sepultó en su vientre, como hace un hombre desnudo que recoge nueces.» Y Marco Ciceron el viejo, padre de este excelente amigo nuestro, solia decir que nuestros conciudadanos eran parecidos á los esclavos sirios, que en cuanto saben un poco de griego, son pobres. Tambien tienen gracia las alusiones á deformidades ó vicios corporales, porque suelen indicar alguna mala cualidad de ánimo. Tal es aquel dicho mio contra Elvio Mancía: «Demostraré quién eres, le dije.—Muéstralo, pues, me replicó.» Y yo señalé con el dedo á un Galo pintado en el escudo cimbrico de Mario, bajo las tiendas nuevas, torcido, con la lengua fuera y caidas las mejillas. Riéronse todos, porque la semejanza con Mancía era completa. Otra vez dije á Tito Pinario, que se torcía la barba al hablar: «Dí lo que quieras, despues que hayas quebrado esa nuez.» Tambien son chistosas las ponderaciones que se hacen para ensalzar ó deprimir alguna cosa. Así tú, Craso, dijiste ante el pueblo que Minucio se tenia por tan grande, que cuando pasaba por el foro, bajaba la cabeza para no tropezar con el arco de Fabio. Del mismo género es lo que cuentan que dijo Escipion ante Numancia, enojado con Cayo Metelo: «Si

la madre de éste pare por quinta vez, parirá de fijo un asno.» Tambien tiene agudeza el indicar brevemente, y á veces con una sola palabra, una cosa oscura. Habiendo ido Publio Cornelio, que pasaba por hombre avaro y rapaz, pero muy fuerte y buen general, á dar las gracias á Cayo Fabricio, porque siendo enemigo suyo le habia hecho cónsul en tiempo de una grande y peligrosa guerra: «No tienes por qué darme gracias, le contestó Fabricio; quise más ser hurtado que puesto en venta.»

»Tambien es elegante la disimulación que consiste en decir una cosa distinta de lo que se piensa, aunque no la contraria, como en la respuesta de Craso á Lamia: de esta especie de severa ironía se valió nuestro Escévola contra Septumuleyo de Anagnia, que habia recibido el dinero ofrecido por la cabeza de Cayo, y rogaba á Escévola que le llevase al Asia de prefecto. «¿Qué quieres, insensato? le dijo; tan grande es el número de malos ciudadanos, que, si te quedas en Roma, reunirás en pocos años muchísimo dinero.» Cuenta Fannio en sus anales que á este género de chistes fué muy dado Escipion el Africano, y por eso con palabra griega le llama *el irónico*. Pero segun dicen los que mejor entienden de esto, Sócrates aventajó á todos en la ironía y disimulación, por su gracia y buen gusto. Este género es muy elegante; tiene gravedad mezclada con la agudeza, y se acomoda, ya á la dición oratoria, ya á las conversaciones urbanas. Y en verdad, todos los chistes que he enumerado sirven para condimentar no sólo las acciones forenses sino todo género de discursos. Por eso leo en Caton, de cuyos escritos he tomado muchos ejemplos, que Cayo Publicio solia decir: «Publio Mummio es hombre para todo tiempo.» Y tenía razon, porque no hay tiempo de la vida en que no convenga usar de gracia y jovialidad. Pero pasemos á los otros géneros.

»Muy parecida á la disimulación es la figura que consiste en dar un nombre honesto á una cosa viciosa, como

hizo Escipion el Africano, cuando, siendo censor, arrojó de su tribu á un centurion que no habia asistido á la batalla de Paulo, y dándole el centurion por disculpa que se habia quedado en los reales para custodiarlos, replicó Escipion: «No gusto de soldados tan cuidadosos.» Agudeza hay tambien en tomar las palabras de otro en un sentido diferente de aquel en que él las usa: así, cuando Livio Salinator, despues de haber perdido á Tarento, conservó solamente la fortaleza, y desde ella resistió muy bien á los enemigos, hasta que algunos años despues recobró Máximo la ciudad, diciéndole Salinator que se acordase de sus servicios, pues gracias á él habia recobrado á Tarento: ¿«Cómo no he de acordarme? le dijo; nunca la hubiera recobrado yo, si tú no la hubieses perdido.» Hay otros dichos algo necios, pero que mueven á risa, y que no sólo pueden usarlos los mimos, sino tambien hasta cierto punto los oradores, verbigracia: «¿Qué hombre tan necio! cuando empezaba á ser rico, se murió.—¿Es parienta tuya esta mujer?—Es mi esposa.—Ciertamente que lo parece.—Mientras estuvo en los baños, no se murió.»

»Este modo de chiste es algo ligero y propio de la comedia, como ántes dije, pero tiene tambien algun lugar entre nosotros, cuando un hombre que no es necio dice con aire de ingenuidad alguna cosa picante, vg., lo que á tí, oh Antonio, te dijo Mancía, habiendo oido que Marco Duronio te acusaba de peculado, en el tiempo que fuiste censor: «*alguna vez te habia de ser lícito tratar de tus negocios.*» Estas ocurrencias hacen reir mucho, como todos los aparentes absurdos que con ironía dicen los hombres de ingenio. Así, fingimos á veces no entender lo que en realidad entendemos, vg.: preguntaron á Pontidio. «¿Qué piensas tú del que es sorprendido en adulterio?—Que es muy torpe en dejarse sorprender.» Así yo, cuando Metelo queria incluirme en el alistamiento sin atender á la excusa que yo daba de ser corto de vista, y me decia: «¿nada ves?

—Lo único que veo, le repliqué, desde la puerta Esquilina, es tu casa de campo.» De Escipion Nasica cuentan que, habiendo ido á visitar al poeta Ennio y preguntando por él, la criada que salió á la puerta le respondió que Ennio no estaba en casa. Nasica conoció que lo habia dicho por órden de su amo, y que realmente estaba en casa el poeta. A los pocos dias fué Ennio á ver á Nasica, y el mismo Nasica le contestó á gritos: «No estoy en casa.—¿Cómo no, si conozco tu voz?» le dijo Ennio. A lo cual respondió Nasica: «Qué atrevido eres: cuando yo te buscaba, creí á tu sierva que me dijo que no estabas en casa, y ahora tú no me quieres creer á mí.» Tambien se puede hacer burla de alguno con las mismas palabras con que él ha querido burlarse. Así, Quinto Opimio, varon consular, que no habia tenido en su juventud buena fama, dijo á Egilio, hombre festivo y que parecia afeminado, aunque no lo era: «¿Qué tal, Egilia mia, cuándo vienes á mi casa con tu rueca y lana? — No me atrevo, contestó Egilio, porque mi madre me ha prohibido acercarme á mujeres de mala fama.»

»Saladas son tambien las expresiones que llevan oculta la sospecha de ridiculez: de este género fué el dicho de aquel siciliano á quien un amigo suyo se quejaba de que su mujer se habia ahorcado de una higuera. «Dáme, le dijo, algun renuevo de ese árbol para plantarlo.» De una manera semejante respondió Cátulo á un mal orador, que le preguntaba si en el epilogo habia conseguido mover á compasion. «Y muy grande, le dijo, porque ninguno hay de tan duras entrañas á quien tu discurso no haya parecido digno de lástima.» A mí me agradan mucho los chistes que se dicen con enfado, cuando es hombre de ingenio el que los dice, porque entónces se aplaude la naturalidad aún más que la gracia. Por eso me hace gracia aquel pasaje de Nevio: «¿Por qué lloras, padre?—¿Y he de cantar cuando estoy condenado?» Casi contrario á este género de ridiculez es el dicho de un hombre paciente é imperturbable, vg.: habiendo tro-

pezado con Caton un hombre que llevaba á cuestas una arca, le dijo: «¡Cuidado, apártate!» y Caton le preguntó: «¿Llevas todavía algo más que el arca?»

»Tambien cabe chiste en las burlas contra la ignoracia. Así hizo aquel siciliano á quien el pretor Escipion habia dado por defensor en una causa á su huésped, hombre noble, pero muy necio. «Te ruego, dijo al pretor, que des ese patron á mi adversario, aunque despues no me des ninguno.»

»¿Y qué diremos de las contradicciones, vg.? «¿Qué le falta á éste sino hacienda y virtud?» Tambien es agradable la reprehension amistosa y el consejo y advertencia familiar, vg.: aconsejaba Granio á un mal abogado que se habia puesto ronco en el foro, que bebiese vino frio y mezclado con miel así que volviese á su casa. «Perderé la voz si tal hago. — Más vale que pierdas la voz que no que pierdas á tu cliente.» El chiste más incisivo es el que mejor se acomoda al carácter de las personas. Escauro, que era muy aborrecido porque sin testamento se habia apoderado de los bienes de Pompeyo de Frigia, hombre rico, abogaba en defensa de Bestia, cuando acertó á pasar un entierro. Entónces gritó el acusador Cayo Memmio: «Mira, Escauro, allí llevan un muerto; á ver si puedes heredarle.» Los chistes que más hacen reir son los más inesperados. De éstos hay innumerables ejemplos, vg., el de Apio el Mayor, cuando se trataba en el Senado de los campos públicos y de la ley Thoria y acusaban á Lucilio de que apacentaba su ganado en los campos públicos. «No es de Lucilio ese ganado, dijo Apio en són de defenderle. Es un ganado libre que pasta donde quiere.» Tambien me agrada un dicho de Escipion Nasica el que mató á Tiberio Graco: despues de decirle muchas injurias, Marco Flaco le habia propuesto por juez á Publico Mucio. «Le recuso, dijo Escipion, por inicuo.» Levantóse un murmullo y Nasica continuó: «Le recuso por inicuo, no sólo conmigo, sino con todos nosotros.» Pero en este gé

nero nada más gracioso que un chiste de Craso. El testigo Silo había ofendido á Pison, refiriendo contra él cosas que decia haber oido. «Puede ser, dijo Craso, que ese á quien tú se las has oido las dijese enojado.» Silo hizo señas de asentimiento con la cabeza. «Puede tambien que tú lo entendieses mal.» Silo dijo que sí con la cabeza. Puede ser tambien, continuó Craso, que lo que dices haber oido no lo oyeras nunca.» Esto fué tan inesperado, que provocó la risa de todos y confundió al testigo. De este género de sales está lleno Névio; vg.: «Aunque seas muy sabio, temblarás si tienes frio;» y á este tenor otros muchos.

»Muchas veces se concede graciosamente al adversario lo mismo que él nos niega: así, diciendo á Cayo Lelio un hombre de mala familia: «Eres indigno de tus mayores,» le respondió Lelio: «Y tú ciertamente que eres muy digno de los tuyos.» A veces hay gracia en manifestar un deseo de cosa imposible: así, Marco Lépidio, recostado en la hierba miéntras que los otros se ejercitaban en el campo, decia: «¡Ojalá que esto fuese trabajar!» Tiene tambien chiste el responder fuera de propósito á los importunos preguntadores; vg.: habiendo expulsado el censor Lépidio á Marco Antisio Pirgense, del orden de los caballeros, quejábanse sus amigos, y preguntaban qué habia de contestar á su padre cuando quisiera saber por qué habia sido separado del orden ecuestre un colono tan excelente, parco, modesto y frugal. «Diré, respondió Lépidio, que yo no creo ninguna de esas cosas.»

»A estas maneras añaden los Griegos algunas otras, como son las execraciones, admiraciones y amenazas. Pero me parece que ya he explicado más de las que debia, pues las que consisten en juegos de palabras son en corto número, y, como ántes dije, más suelen merecer alabanza que risa. Los chistes de cosa son innumerables en sus especies, pero muy pocos en sus géneros. Puede excitarse la risa con esperanzas engañadas, ó describiendo

do con gracejo el carácter de otro, ó comparando una cosa con otra más torpe y fea, ó disimulando, ó diciendo cosas muy absurdas y reprendiendo necedades. Así, el que quiere hablar jocosamente ha de tener una disposición natural para este género, y ademanes y semblante acomodado á este linaje de ridículo. A veces, cuanto más severo y triste es el rostro, como sucede con el tuyo, oh Craso, tanta más gracia tiene lo que se dice.

Pero ya es hora, oh Antonio, de que abandones esta posada de mi discurso, que es lugar tan poco ameno y saludable como si te hubieras hospedado en las lagunas pontinas. Creo que ya has descansado bastante, y puedes continuar tu viaje.

—Por cierto, respondió Antonio, que he sido generosa y alegremente hospedado por tí, y que me has hecho á la vez más docto con los ejemplos de esos Fabricios, Africanos, Máximos, Catones y Lépidos que me has citado.

»Por lo demas, ya sabeis todo lo que queriais oír de mis labios, á lo ménos lo más importante y difícil. Todo lo restante es fácil y se infiere de estos principios.

»Yo cuando me he encargado de una causa y he reflexionado, en cuanto he podido, todo lo que á ella se refiere, y he visto y considerado los argumentos y los recursos para mover el ánimo de los jueces, y para atraerlos, me fiijo sobre todo en el lado bueno y en el lado malo de la causa. No hay asunto traído á discusion ó controversia que no presente estos dos aspectos. Lo difícil es averiguar hasta qué grado cada uno de ellos. El método que suelo seguir consiste en amplificar, exornar y ponderar lo bueno de la causa, insistiendo y deteniéndome en esto, á la vez que me aparto del lado malo y desfavorable, no de suerte que parezca que le eludo, sino de manera que quede oscurecido y como abrumado por la parte favorable. Si el interes de la causa está en los argumentos, me detendré en los más firmes, sean muchos ó uno sólo;

pero si lo esencial es atraerse la benevolencia ó excitar la pasion del auditorio, hago el mayor hincapié en la mocion de afectos. Del mismo modo, si la refutacion de las pruebas del adversario tiene más importancia que la confirmacion de las nuestras, contra él debemos dirigir todas las armas; pero si es más fácil comprobar nuestras razones que redargüir las suyas, apartemos los ánimos de la defensa del contrario y hagámosle fijarse en la nuestra. Como por derecho propio, me valgo de dos recursos que parecen muy fáciles, porque lo difícil excede mis fuerzas: el primero consiste en no responder nada á un argumento molesto ó difícil: quizá alguno se ria de esto, y con razon, porque ¿quién no puede emplear ese medio? Pero yo hablo de mis facultades, no de las de los demas, y confieso que cuando me veo muy apurado suelo retirarme, pero no arrojando ni separando el escudo, sino con una fuga semejante á una batalla, y mostrando más pompa y esplendidez de diction que nunca; retraido en suma á mis posiciones, de tal suerte que parezca que no por huir del enemigo, sino por mejorar de puesto, me he retirado. Lo segundo, que el orador debe mirar con mucha atencion y diligencia, y lo que más miro yo, no es tanto el ser útil á la causa que se defiende, como el no ser perjudicial, no porque deba desatenderse ninguna de las dos cosas, sino porque es mucho más vergonzoso en un orador el perjudicar á su cliente que el no sacarle victorioso.

»¿Pero qué estais hablando entre vosotros, Cátulo? ¿Acaso despreciais estas cosas, que realmente son despreciables?

—Nada de eso, respondió Cátulo; pero me parece que César quiere decirte algo sobre ese particular.

—Con mucho gusto lo oiré, ya sea para refutarme, ya para preguntarme.—A fe mia, dijo César, que siempre he dicho de tí que ningun orador te vencía en prudencia, y que era muy particular alabanza tuya no haber dicho

nunca nada que pudiera perjudicar á tu cliente. Y recuerdo muy bien que hablando de tí, con este mismo Craso, delante de mucho auditorio, y ponderando Craso tu elocuencia, dije yo que el primero y más grande de tus méritos estaba, no en decir lo necesario, sino en callar todo lo que no hace falta; y acuérdomé que él respondió, que todo lo demás era en tí digno de alabanza, pero que sólo un hombre malvado y pérfido podía decir cosas ajenas al asunto y perjudicar al que le había confiado su defensa; por lo cual no le parecía á Craso grande orador quien esto dejaba de hacer, sino malvado el que no lo hacía. Ahora, Antonio, quisiera que nos dijese por qué das tanta importancia á esto de no perjudicar al cliente y lo consideras como la primera cualidad del orador.

—Diré lo que entiendo, César, respondió Antonio; pero acuérdate tú y acordaos los demás que no hablo de la divina excelencia de un orador perfecto, sino de mi propia medianía acrecentada con el ejercicio y la costumbre. La respuesta de Craso fué propia de su excelente y singular ingenio: parecía monstruoso que pudiera hablarse un orador que hiciese daño á la misma causa que defendía. Juzgaba por sí mismo, y como es tal la grandeza de su talento, no podía imaginar que nadie, á no ser adrede, pudiera hablar contra su propia causa. Pero yo no trato de los ingenios raros y excelentes, sino de los vulgares y comunes. Así, entre los Griegos cuéntase como nuestra de la increíble grandeza de entendimiento y ánimo el ateniense Temístocles, que en cierta ocasión se le acercó un hombre muy erudito, y le prometió enseñarle el arte de la memoria, que empezaba entónces á ser conocido. Preguntóle Temístocles para qué servía aquel arte: respondió el maestro que para acordarse de todo; y Temístocles replicó: «Más te agradecería que me enseñases el arte de olvidar lo que yo quisiera.» ¿Veis qué fuerza de ingenio, qué entendimiento tan poderoso? Y si respon-

dió así, fué para dar á entender que nada de lo que una vez habia entrado en su ánimo podia borrarse nunca, aunque hubiera deseado más poder olvidar muchas cosas que habia oido ó visto. Pero ni por esta respuesta de Temístocles hemos de abandonar el cultivo de la memoria, ni esta mi cautela y timidez en las causas ha de ser tenida en ménos, puesta en parangon con la suma prudencia de Craso. Porque ninguno de ellos me ha comunicado sus facultades y sólo han hecho gallarda muestra de las suyas. Hay en las causas y en todas las partes del discurso mucho que reparar, mucho en que tropezar. A veces un testigo no nos ofenderia, ó nos ofenderia ménos si no le provocásemos; nos ruega el reo, nos instan los abogados para que acometamos, para que injuriemos; finalmente, para que interroguemos. Si no me muevo, si no obedezco, si no satisfago sus deseos, no alcanzaré ninguna gloria. Los ignorantes pueden reprender mejor lo que se dice neciamente que lo que sábiamente se calla. ¡Cuánto mal puede resultar entónces de ofender á un testigo que esté enojado, y no sea necio ni liviano! Porque entónces la ira le da voluntad de ofender y su vida autoridad; y aunque Craso no lo haga, otros muchos lo hacen. Y nada me parece más torpe que oír decir despues de un discurso: «*Le mató.*—¿A quién, á su adversario?—Nada de eso, se mató á sí mismo y á su defendido.»

»Craso juzga que esto no puede acontecer sino por mala fe, y sin embargo, he visto oradores que personalmente no son malos, hacer mucho mal con sus defensas. Pues qué, lo que ántes dije, de que acostumbro ceder, y digámoslo más claro, huir de todo lo que puede comprometer mi causa, ¿cuando otros no lo hacen, y se aventuran en el campo enemigo, y abandonan sus propios reales, os parece que hacen poco daño á la causa acrecentando las fuerzas de los enemigos y exacerbando las plagas que no pueden sanar? ¿Y qué diré cuando no tienen

cuenta con las personas á quienes defienden, y en vez de mitigar la indignacion que pueda haber contra ellas, la acrecientan con desmedidas alabanzas? ¿Cuánto mal no causan con esto! Y qué, si afrentas é injurias sin provocacion alguna á hombres queridos y estimados de los jueces, ¿no te enajenarás su favor con esto solo? ¿Y es leve pecado reprender en el adversario vicios y defectos de que participan alguno ó muchos de los jueces, de modo que parezca que la reprension va contra estos? Y qué, si en són de defender á otro, defiendes sólo tu propia causa, ó arrebatado por la ira te alejas del asunto, ¿no le harás con esto ningun daño? De aquí que yo, no porque guste de que hablen mal de mí, sino porque no me agrada abandonar la causa, estoy reputado por hombre sufrido y tranquilo; y así te reprendia, Sulpicio, porque acometias no al adversario, sino á su defensor. De esta manera consigo que si alguno habla mal de mí, pase él por petulante ó casi por loco. En los mismos argumentos, si pones algo abiertamente falso ó contrario á lo que has dicho y has de decir ó alejado de la práctica forense, ¿no harás ningun daño con esto? ¿Qué más? Toda mi atencion suelo fijarla siempre en hacer algun bien con mis discursos, y si esto no lo consigo, á lo ménos en no hacer ningun mal.

»Vuelvo ahora, Catulo, á lo que poco ántes alababas en mí, al órden y colocacion de las pruebas y argumentos. El método es doble; depende el primero de la naturaleza de la causa, el segundo del juicio y prudencia del orador. Porque el decir algo ántes del asunto, el exponer en seguida, el confirmar nuestro parecer y refutar el del contrario, el concluir y hacer una peroracion, todo este órden lo dicta la naturaleza misma. Pero el modo mejor de ordenar las pruebas y los medios de persuasion, esto es propio solamente de la prudencia del orador. Muchos argumentos se ocurren, muchos que parecen aprovechables; pero parte de ellos son tan leves y de poco momento que pue-

den despreciarse; parte, aunque traigan alguna utilidad, no están exentos de vicio, y es más el daño que pueden hacer que el bien que pueden causar. Si los útiles y sólidos son muchos, como sucede con frecuencia, conviene dejar fuera de la oracion los de ménos fuerza ó los que no tienen ninguna. Cuando reuno los argumentos de las causas, no suelo contarlos, sino pesarlos. Y como he dicho ya que de tres maneras podemos inclinar á todos á nuestro parecer, es decir, enseñando, deleitando y persuadiendo, con todo eso una sola de estas cosas ha de predominar sobre las otras, de suerte que parezca que sólo nos proponemos enseñar: en cuanto al deleite y á la persuasion, han de estar esparcidos por todo el discurso lo mismo que la sangre por todo el cuerpo. El exordio y las demas partes de la oracion, de que hablaré luégo, han de tener tal fuerza que arrastren los ánimos del auditorio. Pero en cuanto á las partes del discurso, que sin servir directamente para la argumentacion, aprovechan mucho para persuadir y conmover, aunque su lugar propio es en el exordio y en la peroracion, sin embargo, es útil á veces apartarse del propósito y de la causa para concitar las pasiones. Así, despues de la narracion cabe la mocion de afectos, ó en la confirmacion, ó en la refutacion, ó en una y otra, ó en todas las partes del discurso puede hacerse esto, si la causa tiene bastante dignidad é importancia. Las que más ancho campo ofrecen á la pompa y ornato son las que mejor se prestan á este género de digresiones, y en las cuales puede usarse de esos lugares comunes con que se mueve ó aplaca la pasion de los que oyen. Y en esto reprendo tambien á los que colocan primero las pruebas ménos firmes. Creo que yerran tambien los que teniendo muchos defensores (cosa que nunca me agradó) hacen que hable primero el que tienen por más débil: el asunto mismo pide que se satisfaga desde el principio la expectacion de los que oyen, porque si no, vano será todo.

lo que se trabaje en el resto de la causa. Mal parece ésta, si desde que se empieza á defender no presenta ya favorable aspecto. Así, pues, en los oradores búsquese el mejor, y en el discurso póngase primero lo más fuerte, guardando siempre esta medida: que algunos de los más excelentes se reserven para la peroracion. Y en cuanto á los medianos (porque á los viciosos no se les da cabida) basta arrojarlos en medio de la turba y del tropel. Considerando todo esto, lo último en que suelo pensar es lo que he de decir en el exordio, porque siempre que he empezado por pensar en él, no se me ha ocurrido nada que no fuese pobre, débil, vulgar ó comun.

»Los exordios deben ser muy trabajados, agudos, llenos de sentencias y discretas palabras, y propios de la causa. Porque el exordio es como la primera recomendacion del discurso, y debe suavizar y atraer desde luégo al oyente. Y en esto suelo admirarme, no ya de los que nunca ponen cuidado en estas cosas, sino de Filipo, orador tan elocuente y disertó, que suele decir que se levanta á hablar sin saber cuáles son las primeras palabras que tiene que decir, y añade que él sólo pelea despues de haberse calentado el brazo, sin advertir que los mismos de quienes toma este símil, se arrojan tan ligeramente las primeras lanzas, que á la vez que sirven para mostrar la gallardía de sus movimientos, economizan sus fuerzas. Y no es dudoso que el exordio debe ser en ocasiones vehementemente y guerrero; pero si en el mismo certámen de los gladiadores, donde decide de la victoria el hierro, se hacen ántes del encuentro final muchas cosas no tanto para herirse cuanto para muestra de valor y destreza, ¿cuánto más no se requiere esto en la oracion, donde no se busca tanto la fuerza como el deleite? Nada hay en la naturaleza que se difunda totalmente y de súbito: áun á las cosas más extraordinarias da la naturaleza pequeños principios. Estos no han de traerse de fuera, sino sacarse de las entrañas

de la causa. Recorrida y examinada ésta, imaginados y dispuestos los argumentos, entónces ha de buscarse el exordio, y entónces se hallará fácilmente, porque se tomará de las fuentes que parezcán más copiosas, ya en los argumentos, ya en las digresiones. Serán de más efecto cuando de tal manera estén tomados de la causa, que parezca no sólo que no son comunes ni pueden trasladarse á otras causas, sino que proceden únicamente de la que entónces va tratándose.

•Todo exordio, ó debe dar una idea del asunto de que se trata, ó servir de introduccion á la causa y á la defensa, ó se usa solamente para ornato y dignidad. Y así como la entrada ó el vestibulo han de ser proporcionados á la casa ó el templo, así los exordios han de guardar proporcion con la importancia de la causa. En las vulgares y de poca importancia, vale más empezar por la cosa misma. Pero si ha de usarse algun exordio, fúndese en el reo, ó en el adversario, ó en la materia, ó en el auditorio. Del reo (comprendiendo bajo este nombre á todo aquel cuya causa se defiende) dígase todo lo que puede aplicarse á un varon bueno, liberal, desdichado, digno de misericordia, todo lo que tiene fuerza contra una falsa acusacion: contra el adversario se usan los mismos lugares comunes, pero en sentido opuesto. Del hecho se dirá que es cruel, infando, nunca oido, injusto, indigno, nuevo, irremediable, ó que ha sido una muestra de ingratitude. En cuanto á los oyentes, mejor nos captaremos su benevolencia defendiendo bien la causa que implorando ántes su favor. En todo el discurso, y no ménos en la peroracion, se ha de ver este deseo de agradar, pero tambien puede fundarse en él exordios. Los Griegos nos aconsejan que hagamos á los jueces atentos y dóciles, lo cual es útil, pero no más propio del exordio que de las demas partes, y es más fácil de conseguir al principio, porque entónces están todos en expectacion y suelen hallarse mejor dispuestos.

Siempre se fija más en el entendimiento lo que se dice en el exordio que lo que se arguye ó reprende en el cuerpo del discurso. Gran copia de exordios, para atraer ó incitar á los jueces, se toma de los argumentos y recursos que para mover los ánimos presenta la causa misma; pero no conviene explicarlos todos al principio, sino insinuarse primero levemente en el ánimo del juez, para que, ya inclinado á favor nuestro, se convenza con el resto del discurso. El exordio ha de estar tan enlazado con lo demas de la oracion, que no parezca como un proemio que añade el citaredo á la pieza que va á tocar, sino como un miembro inseparable de los demas del cuerpo. Porque muchos oradores, despues de decir el exordio que traen aprendido, pasan á lo restante con tanta ligereza como si no quisieran que se les oyese. Y este preludio debe ser, no como el de los Samnitas que vibran las lanzas ántes de la pelea, y luégo no hacen uso ninguno de ellas, sino que con las mismas sentencias, que juegan en el exordio, ha de combatirse despues.

»Mandan los retóricos que la narracion sea breve; si por brevedad se entiende el que no haya ninguna palabra redundante, breves son los discursos de Lucio Craso. Pero si la brevedad consiste en que haya sólo las palabras necesarias, á veces conviene esto, pero otras muchas daña, principalmente en las narraciones, no sólo porque trae oscuridad, sino porque quita á la narracion su mayor virtud, que es la de ser agradable y acomodada á la persuasion, vg., aquella de Terencio: *«Así que este salió de la juventud.»* ¡Cuán larga es! ¡Cuán varia y agradablemente se describen en ella las costumbres del mismo jóven, las preguntas de los esclavos, la muerte de Crisis, el rostro, la hermosura y los lamentos de su hermana! Pero si el poeta hubiese buscado esta brevedad: «la sacan, llegamos al sepulcro, la ponen en el fuego,» etc., con diez versos habria podido referirlo todo; aunque estas

mismas palabras: «*la sacan, caminamos*» son concisas, de tal suerte que no se ha atendido tanto á la brevedad como á la elegancia; pues con sólo que hubiera dicho: *la pusieron en el fuego*, bastaba para dar á conocer todo el asunto. La narracion tiene mucha más gracia cuando se introducen en ella personas y se refieren sus pláticas, y parece mucho más probable lo que se narra cuando se expone el modo como acaeció, y es mucho más clara de entender si nos detenemos en algunas partes y no la recorremos con nimia brevedad. La narracion ha de ser tan clara como el resto del discurso; y todavía es más reprehensible ser oscuro en el relato de los hechos, que en el exordio ó en el argumento ó en la refutacion ó peroracion. Es tanto mayor el peligro de oscuridad en esta parte de la oracion sobre todas las restantes, cuanto que si en otro lugar se dice algo oscuro, nada hay perdido más que aquel pasaje, mientras la narracion oscura ciega todo el discurso, porque lo que se ha dicho oscuramente en otra parte, puede volver á explanarse, pero la narracion tiene un solo lugar en la causa. La narracion será perpiscua, si se hace con palabras fáciles y muy usadas, conservando el orden de los tiempos y sin interrupcion.

»Cuándo se ha de usar ó no de la narracion, esta es la dificultad, porque si la cosa es demasiado conocida ó no hay duda en ella, puede excusarse la narracion, y lo mismo si el adversario la ha hecho ya, á no ser que refutemos la suya. Si la narracion es necesaria, no insistiremos demasiado en las circunstancias que puedan engendrar sospecha y mala voluntad contra nosotros, ántes procuraremos atenuarla para no incurrir en lo que dice Craso, de que peca más de malicia que de ignorancia quien daña á la causa que defiende. Porque á la sustancia misma de la causa interesa mucho el que los hechos hayan sido expuestos con más ó ménos habilidad, y de todo el resto del discurso es fuente la narracion.

»Siguiese la exposicion de la causa, es decir, el punto sujeto á controversia, y entónces han de alegarse las pruebas más firmes, ya para confirmar nuestra opinion, ya para debilitar la del contrario. En las causas sólo hay un método para la parte de argumentacion: este requiere á la vez la confirmacion y la refutacion, porque ni se puede reprender lo que el contrario dice sin confirmar lo tuyo, ni defender tu causa sin contestar á sus argumentos: de aquí que por naturaleza, utilidad y método estén unidas estas dos partes. En pos de todo viene la peroracion, ya amplificando las cosas, ya inflamando ó mitigando el ánimo de los jueces.

»En esta parte, todavía más que en las anteriores, debe reunir el orador cuanto pueda mover los ánimos y ser de utilidad para su causa. Y pienso que no hay razon bastante para separar los preceptos que se dan acerca de la suasion, de los relativos al género laudatorio, ántes casi todos son comunes. Sin embargo, el aconsejar ó el disuadir me parece oficio de más grave persona. De sabios es dar un consejo en los negocios más arduos, y de hombre honrado y discreto prever con el entendimiento, probar con la autoridad y persuadir con el discurso. Todo esto ha de hacerse con menor aparato en el Senado, porque es una asamblea sábia, en que se ha de dejar lugar para que todos hablen, y evitarse así toda sospecha de ostencion de ingenio. Pero en los discursos que se hacen al pueblo, cabe toda la fuerza, gravedad y variedad: por eso en las suasorias nada se ha de encarecer sino lo digno y noble. Los que ponen por fin único la utilidad, atienden sólo á lo que generalmente ven que sucede. Nadie hay, sobre todo en una ciudad tan ilustre, que no crea que la dignidad debe preferirse á todo; pero en muchas ocasiones vence la utilidad, cuando entra el temor de que, abandonada ésta, ni siquiera se pueda retener el honor. La controversia, pues, y discordia de pareceres se reduce,

á esto: cuál de dos cosas es más útil, ó si ha de atenderse más á lo honesto ó á lo útil. Cuando uno y otro estén en pugna, el defensor de lo útil enumerará las ventajas de la paz, las utilidades de la riqueza, del poder, del dinero, de los tributos, de los ejércitos, y de todas las demas cosas cuyo fruto se mide por la utilidad, y pondrá de manifiesto los inconvenientes contrarios. El que está por lo honesto, traerá á la memoria los grandes ejemplos de los antepasados que fueron gloriosos aún en el peligro mismo, apelará á la inmortal memoria de la posteridad, y defenderá que lo útil nace de lo glorioso y está unido siempre con la dignidad. Pero qué es posible ó no, qué es necesario ó no en uno ú otro caso, es lo que hemos de examinar ahora.

»Toda deliberacion queda cortada si se trata de una cosa imposible, ó por el contrario, absolutamente necesaria; y el que esto vea, sin verlo los otros, pasará por varon prudentísimo. Para dar consejos sobre los negocios de la república, lo primero es conocerlos; para hablar con algun fundamento, es preciso saber las costumbres de la ciudad; y como estas varian á cada paso, de aquí que varíe tambien el género de oratoria. Aunque su fuerza sea siempre la misma, la dignidad del pueblo, los gravísimos negocios de la república, los alborotados movimientos de la plebe parece que exigen un género de oratoria más grande y vigoroso, y la mayor parte del discurso ha de emplearse en excitar los ánimos con alguna exhortacion ó recuerdo, á la esperanza, al miedo, á la codicia ó á la gloria, y retraerlos de la temeridad, de la iracundia, de la esperanza, del odio, de la envidia y de la crueldad.

»Y parece que así como la arena del foro es el mejor teatro para el orador, así la naturaleza misma como que le inspira entónces un modo de decir más espléndido. Tiene la muchedumbre tal fuerza, que á la manera que el músico no puede tocar sin instrumento, así el orador sin pueblo que le oiga, no puede ser elocuente. Y como el

pueblo es tan vário é inconstante en sus afectos, han de evitarse con cuidado sus aclamaciones adversas, de las cuales la mayor parte de las veces tiene la culpa el mismo orador, si con aspereza, arrogancia, ó algun otro vicio de ánimo, habla, ó se concita el odio y la animadversion justa ó injusta de los oyentes, ya porque la causa misma desagrada, ya por cualquier otro impu'so de codicia ó miedo en la multitud. A estas cuatro causas se ponen otros tantos remedios: la reprehension, si hay autoridad para ello; la advertencia, que es una reprehension blanda; la promesa de que, si nos oyen, apoyarán lo que vamos á decir, y finalmente, la deprecacion, que es lo último que puede ser útil. En ninguna otra parte aprovechan tanto las facecias y los dichos breves y rápidos que tengan dignidad y no carezcan de gracia. Pasa fácilmente la multitud, del dolor y le la indignacion á la alegría, con alguna expresion aguda y graciosa.

»Acabo de exponeros, conforme he podido, lo que en ambos géneros de causas suelo hacer, evitar y considerar, de qué manera me gobierno en todas. Ni es difícil el tercer género, es decir, el laudatorio, que yo desde el principio habia separado casi de nuestros preceptos y tenia intencion de omitir, por lo mismo que hay muchos géneros de oraciones más graves y írecuentes, de los cuales nadie habia preceptuado nada. Los mismos Griegos, más por dar materia á lectura deleitosa, ó por honrar la memoria de algun hombre, que por causa de utilidad forense, escribieron muchos libros en alabanza de Temístocles, Aristides, Agesilao, Epaminondas, Filipo, Alejandro y otros; por el contrario, las alabanzas que usamos nosotros en el foro, ó tienen la brevedad desnuda y sencilla de un testimonio, ó se escriben para una memoria fúnebre que no consiente mucha pompa oratoria. Pero como alguna vez se pronuncian y aún se escriben, como cuando Cayo Valerio hizo para Publio Taberon el elegio de su tio Esci-

pion el Africano, y porque podamos nosotros mismos, imitando á los Griegos y por ejercicio de estilo, hacer la alabanza de quien queramos, paréceme que debemos tratar tambien este lugar oratorio. Claro que en el hombre hay algunas cualidades apetecibles y otras dignas de alabanza. El linaje, la hermosura, la riqueza, las fuerzas, todos los demas bienes que la fortuna da, extrinsecos y corporales, no tienen en sí verdadero motivo de alabanza, la cual sólo se debe á la virtud; pero como la misma virtud resplandece, sobre todo, en el uso moderado de las cosas, de aquí que en estos discursos haya que ponderar los bienes de naturaleza y fortuna, entre los cuales es sumamente glorioso no haber sido arrogante en el poder, ni insolente en la riqueza, ni haber ofendido á otros en la abundancia ó en la fortuna; de suerte, que sus riquezas no le hayan servido para liviandad y soberbia, sino para bondad y moderacion.

La virtud, que es por sí digna de alabanza, y sin la que no puede alabarse nada, tiene, sin embargo, muchas partes, unas más acomodadas que otras para el elogio. Hay virtudes que parecen consistir en cierto agrado y benevolencia natural ó adquirida con el trato de los hombres; otras, que se derivan del vigor y grandeza de alma ó de alguna de las más nobles facultades del espíritu. Por eso la clemencia, la justicia, la benignidad, la fe, la fortaleza en los peligros comunes, son virtudes que con gusto oímos celebrar como útiles, no sólo á los que las poseen, sino á todo el género humano. Por el contrario, la sabiduría y grandeza del alma que estima en poco todas las cosas humanas, y la fuerza inventiva del ingenio, y la misma elocuencia, infunden no menor admiracion, pero sí ménos agrado, porque parece que más bien honramos y queremos captarnos la benevolencia del personaje elogiado que de los que oyen el elogio. Tampoco puede prescindirse de este género de virtudes, ya que los oídos de los hom-

bres toleran que se ensalce en la virtud no sólo lo agradable sino tambien lo maravilloso.

»Y como cada una de las virtudes tiene su objeto particular y á cada una se debe su alabanza propia, habrá que explicar, cuando se pondera, vg., la justicia del héroe, qué es lo que hizo con buena fe y equitativamente en las grandes ocasiones. Y así iremos aplicando sus hechos á la naturaleza, valor y nombre de cada virtud. Grátisima es la alabanza de los hechos que han sido emprendidos por varones fuertes sin esperanza de ventaja ó premio, pero los que han sido llevados á cabo con trabajo y peligro de los autores ofrecen más abundante materia de elogio para el que habla y para el que escucha. Porque parece virtud de varon esclarecido la que es fructuosa para otros y para él mismo laboriosa, peligrosa ó á lo ménos sin recompensa. Tambien suele ser objeto de grande admiracion el hombre que resignadamente tolera la adversidad y no se rinde á la fortuna, y que en los mayores peligros retiene intacta su dignidad. Y no dejan de tener cabida en los elogios, y adornarlos hasta cierto punto, los honores, los premios decretados á la virtud, las hazañas comprobadas por el juicio público, y aún la misma felicidad dada por los dioses inmortales: se han de elegir cosas ó por su grandeza, ó por su novedad, ó por su género mismo singulares, pues las pequeñas, las triviales, las vulgares, no son dignas de admiracion ni de gloria. Es de grande efecto la comparacion con otros varones preclaros.

»Me he extendido algo más de lo que debia sobre este genero, no tanto por la utilidad forense, que es la que voy persiguiendo en todo este tratado, sino para que vierais que si los elogios entran en la jurisdiccion del orador, lo qual nadie niega, es necesario al orador el conocimiento de todas las virtudes, y sin él el elogio sería imposible. En quanto á los preceptos para vituperar, claro es que han de tomarse de los vicios contrarios, y tambien lo

es que, así como no puede elogiarse con propiedad y abundancia á un hombre de bien sin el conocimiento de las virtudes, tampoco es posible reprender y vituperar con bastante acritud y vehemencia á un malvado sin el conocimiento de los vicios. De estos lugares comunes de alabanza y vituperio se hace bastante uso en todo género de causas. Ya sabeis lo que pienso sobre la invencion y disposicion. Añadiré algo acerca de la memoria, para hacer más leve el trabajo de Craso, y no dejarle nada de que discurrir sino lo perteneciente al estilo y ornato del discurso.

—Sigue, le dijo Craso: ya voy conociendo cuán grande artífice eres; ya te veo al descubierto y sin los velos de tu disimulacion, y me es muy grato el que no me dejes nada ó casi nada que decir.

—Lo que yo te deje, repuso Antonio, dependerá de tu voluntad; tú podrás acortarlo ó estrecharlo. Si quieres tratarlo de véras, te lo dejo todo; si quieres valerte de tu disimulacion, tú verás cómo has de satisfacer á éstos. Pero volviendo al asunto, no soy de tanto ingenio como Temistocles, que preferia el arte de olvidar al de recordar, y doy muchas gracias á Simónides de Cea, á quien llaman primer inventor del arte de la memoria. Cuentan que cenando Simónides en Cranion de Tesalia en casa de Escopas, hombre rico y noble, como hubiese cantado unos versos que en alabanza del mismo Escopas habia compuesto, donde, como suelen los poetas, introducía un largo episodio en loor de Cástor y Pólux, díjole Escopas con sórdida avaricia que le daria la mitad de lo que le habia prometido por aquellos versos, y que lo demas se lo pidiese á los Tindáridas, á quienes tanto habia elogiado. Poco despues vinieron á decir á Simónides que saliera, porque habia á la puerta dos jóvenes que preguntaban por él; se levantó, salió, pero no vió á nadie. Entretanto vino á tierra el aposento donde comia Escopas, y entre las

ruinas perecieron él y los suyos, sin que se pudiesen reconocer ni distinguir los cadáveres para enterrarlos. Y dicen que Simónides, por acordarse del lugar en que cada uno había comido, fué indicando donde se los había de sepultar. Este acontecimiento le hizo fijarse en que el orden es quien da mayor luz á la memoria. Por eso los que cultiven esta facultad del ingenio deben elegir ciertos lugares y colocar en ellos las imágenes de las cosas que quieran recordar, de suerte que el orden de los lugares conserve el orden de las cosas, y éstas sean recordadas por sus imágenes, valiéndonos de los lugares como de la cera, y de los simulacros como de las letras.

»De cuánto fruto sea la memoria al orador, de cuánta utilidad y poder, no me corresponde decirlo: gracias á ella, podemos retener lo que hemos pensado, tener fijas en la mente todas las ideas, el orden y aparato de las palabras, y oír de tal suerte á aquél de quien aprendemos ó á quien hemos de responder, que parezca, no que han infundido en nuestros oídos sus discursos, sino que los han grabado en nuestra alma. Así, pues, sólo los que tienen memoria saben lo que han de decir, y cuándo y cómo han de responder y lo que les falta, porque recuerdan mucho de lo que hicieron en otras causas y de lo que oyeron á otros. Confieso que de este bien es madre la Naturaleza, como de las demás facultades de que ántes hablábamos; pero este arte de bien decir, á su imagen y semejanza, tiene la fuerza no sólo de engendrar y procrear en nuestro ingenio algo que absolutamente no había, sino de educar y robustecer las facultades ya nacidas y criadas en nosotros. Sin embargo, nadie hay de tan firme memoria, que sin disponer y anotar las cosas, pueda abrazar el orden de las palabras y sentencias, ni nadie tan torpe á quien esta costumbre y ejercicio no aproveche. Consideró bien Simónides, ó quien quiera que fuese el inventor de este arte, que se fijaba con más eficacia en

nuestros ánimos lo que era transmitido é impreso por los sentidos, **y principalmente por el de la vista**: de aquí dedujo que lo que se oye ó piensa, más fácilmente podría retenerse cuando penetrara con la recomendacion de los ojos; de modo que una cierta imágen, semejanza y figura recordase las cosas ocultas y lejanas del juicio de la vista, de suerte que lo que no pudiésemos abrazar con el pensamiento lo retuviéramos, por decirlo así, con la mirada. Con estas formas y cuerpos, como con todos los demas que están al alcance de la vista, se advierte y excita nuestra memoria; pero es necesario colocar en alguna parte las imágenes, porque el cuerpo sin el lugar no es inteligible. Diré, pues, para no detenerme en cosas sabidas y vulgares, que los lugares han de ser muchos y separados por cortos intervalos, y las imágenes fuertes, brillantes, que hieran el ánimo en cuanto se presenten. Esta facultad la dará el hábito y el ejercicio; de aquí la conversion de palabras semejantes, y la mutacion de casos, ó la traslacion de la especie al género, y el representar con la imágen de una sola palabra toda una idea, á semejanza de un pintor, que con la variedad de formas sabe distinguir los lugares.

»Pero la memoria de palabras es ménos necesaria al orador: se distingue por la mayor variedad de imágenes, pues son muchas las palabras, que como articulaciones, enlazan los miembros del discurso, y que es difícil representar con imágen alguna. La memoria de cosas es propia del orador: por ella, y colocando en su lugar cada una de las ideas, podemos recordar las sentencias por sus imágenes y el órden por sus lugares. Y es verdad lo que dicen los perezosos, que la memoria se oprime con el peso de las imágenes, y que se oscurece aún lo que la naturaleza misma podría recordar. Pero yo he visto á hombres admirables y de memoria casi divina, en Atenas á Carneades, en Asia á Metrodoro Escepsio, que segun creo vive toda-

via; uno y otro decían que así como se graban las letras en cera, así grababan ellos con imágenes lo que querían recordar. Claro es que con este ejercicio no puede adquirirse la memoria, si no hay disposición natural; pero ciertamente que si está oculta, puede despertarse.

»Habeis oído un razonamiento bien largo de un hombre que ojalá no haya pecado de imprudente y temerario hablando tanto de la elocuencia en presencia tuya, oh Cátulo, y también de Lucio Craso, porque la edad de estos otros no me infundía tanto temor; pero ciertamente que me perdonareis sabiendo la causa que me ha movido á esta insólita locuacidad.

—Nosotros, dijo Cátulo (y en esto respondo por mí y mi hermano), no sólo te perdonamos, sino que te damos muchas gracias; y reconociendo tu cortesía y agrado, admiramos al mismo tiempo tu ciencia y sabiduría. Yo he salido hoy de un grande error y admiración en que estaba, porque solía asombrarme con muchos otros de la divina perfección de tus discursos, y estaba persuadido de que si siquiera habias saludado los preceptos, y ahora veo que los conoces perfectamente y que los has recogido de todas partes, y que, amaestrado por el uso, has corregido unos y comprobado otros. Y no por eso admiro ménos tu elocuencia, aunque más tu virtud y estudio, y á la vez me huelgo de ver confirmada la opinión que siempre tuve de que nadie puede alcanzar la gloria de sabiduría y elocuencia sin sumo estudio, trabajo y doctrina. ¿Pero qué quisiste dar á entender cuando decias que te perdonaríamos si supiéramos la causa que te habia movido á hablar? ¿Qué otra causa pudo haber sino satisfacer nuestros deseos y los de estos jóvenes que con tanta atención te oyeron?»

Antonio respondió: «Quise quitar todo escrúpulo á Craso, de quien temia que por modestia ó por repugnancia (pues de hombre tan dulce no quiero decir cosa más grave) no querria tomar parte en esta discusión. Pero ahora ¿qué

podrá decir? ¿qué es hombre consular y censorio? También lo soy yo. ¿Recurrirá á su edad? Yo tengo cuatro años más que él. ¿Alegará ignorancia? Lo que yo tarde, de prisa y en ratos de ocio, como suelen decir, he aprendido, él lo ha profesado desde niño con grande estudio y con los mejores maestros. Nada diré de su ingenio, que no tiene igual. Ciertamente que cualquiera que me haya oído, por muy despreciador que sea de sus cosas, no habrá dejado de esperar que podría él hacerlo mejor ó del mismo modo; pero, cuando habla Craso, nadie hay tan arrogante que espere poder hacerlo nunca tan bien; por lo cual, y para que no haya sido en vano la venida de estos amigos, oigamos alguna vez á Craso.»

Entonces dijo él: «Oh Antonio, aunque te conceda que todo lo que has dicho es así, de lo cual estoy muy léjos, ¿qué me has dejado que explicar hoy, á mí ó á cualquier otro? Diré con verdad, amigos míos, lo que siento: he oído muchas veces á hombres doctos. ¿qué digo muchas veces? de cuando en cuando, porque desde niño me dediqué al foro y sólo estuve ausente cuando fui cuestor; sin embargo, cuando estaba en Atenas oí á doctísimos varones, y en el Asia á ese mismo Metrodoro Escepsio, que de esas cosas disputaba; pero ninguno me pareció tan sutil en este género de elocuencia como me has parecido tú hoy. Si fuera de otro modo y yo entendiese que Antonio había omitido algo, no soy tan grosero y poco cortés que no procurara complacerte.»

Y añadió Sulpicio: «¿No recuerdas, Craso, que Antonio convino contigo en que él expondría el mecanismo de la oratoria, y á tí te dejaría la distincion y el ornato?»

Respondió Craso: «En primer lugar, ¿quién permitió á Antonio hacer esas divisiones y quedarse con la parte que quisó? Además, si no le he entendido mal cuando con tanto gusto le he oído, él ha tratado juntamente de una cosa y otra.

—De los adornos del discurso nada ha dicho, interrumpió Cota, ni de la elocucion de donde la elocuencia misma tomó su nombre.

—Por consiguiente, replicó Antonio, me dejó Craso las palabras y se reservó las cosas.»

Y añadió César: «Si lo que te ha dejado es lo más difícil, razon de más para que deseemos oírte; si es lo más fácil, no tienes pretexto para excusarte.

—Y lo que hoy nos prometiste, dijo Cátulo, de que si nos quedábamos en tu casa, harías por complacernos, ¿juzgas que no debe hacerte fuerza ninguna?»

A lo cual, riéndose Cota, replicó: «Pudiéramos, Craso, aceptar tus excusas; pero lo que alega Cátulo es grave y caso de religion. Asunto es que pertenece á los censores; y mira que el faltar á sus promesas está muy mal en un hombre que ha sido censor.

—Sea como queráis, replicó él; pero ahora creo que ya es tiempo de levantarnos y descansar; á la tarde, si os parece bien, hablaremos algo, á no ser que queráis diferirlo para mañana.»

Todos á una voz contestaron que deseaban oírle cuanto antes, ó á más tardar despues del mediodía.